

VII

El elegante coliseo se hallaba adornado rememorando las grandes solemnidades; los potentes focos de luz inundaban el interior de una claridad voluptuosa y de una exaltación incipiente; el patio de butacas y los palcos estaban ocupados por estudiantes; había acudido numeroso público, atraído, sin duda, por el nombre aureolado de gloria y belleza de la gran artista paisana; en los rostros de todos se dibujaba una simpática adhesión a los preparativos de la velada; la comisión organizadora recibía plácemes y enhorabuenas; mi espíritu, a todo insensible, parecía también hermanarse al fondo de la fiesta, mezclando sus destempladas cuerdas a los sistros armoniosos de los concurrentes; sin embargo, permanecía alejado y casi solitario, dentro de lo que cabía en aquel recinto de estruendoso holgorio; yo me fijaba con fruición inexplicable en los ademanes de los espectadores, como queriendo adivinar sus intimidades o como proveyéndome del elixir que amparara la extraña, a la vez que lenta, evolución que comenzaba a significarse en mis humanas críticas. Una idea me hizo temblar, a la vez que me demostrara la flexibilidad de mi espíritu claudicante...; me avergoncé de que se me hiciese simpática aquella fiesta, celebrada al amparo de individuos vulgares y atrofiados...; pintó mi cerebro lo sublime de una marcada superioridad entre todas aquellas carencias irreflexivas; pero ¡ay! la figura se borraba al instante, dejando tras su desaparición la dolorosa incertidumbre y la hiriente duda. No hacía muchas horas que mi espíritu se regocijaba porque, en su ideología cerebral, el amor se dejaba adaptar tranquilo y riante; y ahora, la duda me asaltaba, dañando con sus influjos las audaces sensaciones de mi ánimo. ¿Significaría un retorno al sentimentalismo pretérito el hecho de mi asequibilidad al amor? Una afirmación seca y descarnada se pronunciaba a mi alrededor. Por otro lado, no podía, mejor dicho, no quería suplantar el amor, puesto que sus agradables sonrisas eran ya para mí imprescindible materia que formara parte de mi cotidiana alimentación espiritual. Si, consentía ser un renegado, un odioso tráfuga de mis ideas más individuales antes de que las refulgencias del amor dejaran de alumbrar con plenitud las oscuras galerías de mi existencia; todas estas reflexiones, todas estas preocupaciones planteadas procedían del encuentro, de aquel sublime encuentro que, al parecer, aletargaba mi cerebro, señalándole nuevas orientaciones en el desconocido trayecto de lo futuro, de lo que, como el verdadero Dios, es desconocido... Ante estos revolucionarios pensamientos, la delineación perfecta de la desconocida producíame el efecto de una efervescente ansia devoradora aquella diosa, refundida humanamente en un cuerpo de mujer, sería la anhelada visión de mis fervores, el fuerte eslabón que sujetara al amor las protestas de mi cerebro insensibilizado; y aquel eslabón, aquella diosa, estaban rodeados en el envolvente misterio de las sombras; para mí representaría el amor una fuerza acariciadora e invisible, por lo tanto, yo amaría, sí, amaría, ¿a quién?, ¿por qué?; ¡ah! amaría la misma fuerza del amor, la desconocida visión que me dio a conocer sus fulgores, y amaría porque la estridente luminosidad del amor se infiltraba goteante en las más internas regiones de mi idealidad. ¡Cerebro, pobre cerebro! Perdóname la traición, la horrible traición, pero me amarraron al amor, y yo, aunque pensé subordinarlo a tus impulsos, no me fue posible, lo rechazaste iracundo y hostil. Yo quise amar con el cerebro, pero esta clase de amor no existe, no puede ni siquiera imaginarse...

Una vez definida así mi nueva situación, torné a mirar otra vez los anfiteatros, en los cuales el apiñamiento de los ocupantes semejaba las escamas redondeadas de un enorme pez imaginado...

De pronto se hizo un silencio profundo, se apagaron las luces, apareció el escenario cual boca de averno, y comenzó la parodia de una representación teatral; se notó la deplorable impresión que las primeras escenas produjeron en el público; la interpretación pésima ponía en entredicho la honra artística del autor, a pesar de pertenecer la obra a un afamado comediógrafo; algunas voces pidieron que se suprimiera esta parte del programa, pero no se accedió a ello; los histriones, dentro de la independencia de las tablas, no se daban cuenta de los incidentes y continuaban desastrosamente...

Sonaron unos cuantos aplausos, pocos, poquísimos, pero muy bastantes para que los noveles e improvisados artistas emplearan unos minutos en agradecer, inclinándose, aquellas manifestaciones admirativas de los circunstantes...

Otra vez la luz inundó, veleidosa y acariciadora, la enorme oquedad que formara el coliseo; se produjo un bullicio en el que campeaban las polémicas y los gritos; el público se retiraba a los pasillos a fumar, y los estudiantes se movían alborotadores, las mejillas encendidas y los ojos cárdenos; yo conocía a muchos de vista, y con algunos, muy pocos, tenía más o menos intimidad. Allí vi a mis compañeros de infortunios patroniles, Pablo Confortes y Lucio Romero, que, como hijos de familias acomodadas, y, por lo tanto, ajenas a los resultados de los exámenes, habían acudido a saludar a los bisoños en las lides universitarias; vinieron hacia mí con marcada afectación, en la que ponían de manifiesto su alegría y contento al encontrarme.

—¡Qué grata sorpresa, amigo Castro, te creíamos en Madrid con don Miguel!

—No, regresé ayer.

—Bueno, hombre, ¿qué te parece la fiesta? Está bien organizada; después, la Brimé nos hará pasar unos ratos deliciosos. Me parece que en cuanto la veas reniegas de todo tu cerebro y te enamoras como un cadete; ya verás, tiene unos ojazos, chico, que hipnotizan.

Estas palabras, pronunciadas por Romero en los momentos en que estaba operándose la sorprendente evolución, me hicieron el efecto de un latigazo en pleno encéfalo; me dolía la cabeza, y los ojos perdían sus fulgores con inciertas miradas por los palcos y butacas.

Había ya transcurrido media hora y la impaciencia de los grandes entreactos contraía nerviosamente las faces de todos; ya no había de qué discutir, se habían agotado las conversaciones, y con la vista fija en el escenario parecían mendigar distracción y belleza; de pronto, un rumor, que heló las venas de los más indiferentes, se difundió con prodigiosa rapidez; a los cinco minutos ya todo el público se alzaba en conjunta protesta. Se decía que la artista Lolita Brimé no podía asistir a causa de una repentina neuralgia que la había obligado a guardar cama; algunos, indignados, prorrumpían en insultos a la comisión. Los estudiantes eran los más extrañados, pero no decían una palabra; el público de los anfiteatros, que asistía a la fiesta únicamente por oír a la excelsa artista, declamaba denuestos y pedía a voz en grito la devolución de las entradas. Se oían infinidad de frases: «Después de todo, cosas de estudiantes.» «No, no puede ser, esto es una informalidad y una estafa», decía otro, y así sucesivamente las disputas crecían y se acaloraban; los más calmados predicaban tranquilidad. Nada se sabía de cierto, todo era un vulgar retraso, estaría llegando; uno se dirigió al teléfono, pero, ¡terrible casualidad!; allí no había guía y nadie se acordaba del número del de la Brimé; del público salió una voz: «¡El 182!» Se

trataba de un individuo que llegaba, en el paroxismo de la admiración, a molestarla, pretextando una equivocación en la central telefónica; por eso se sabía de memoria el numerito...; hubo para él un aplauso... Se esperó unos instantes..., las facciones se dilataban en el furor de la impaciencia...; contestó, al fin, una doncella diciendo que la señorita había salido hacía unos minutos para el teatro. Al ser comunicado en triunfo este aviso que traían los aires, resonó una ovación delirante que borró las protestas y las malas caras; volvió el humor, renació el aleteante murmullo juvenil; se hacían chistes con forzados homónimos que despertaban la hilaridad de los espíritus...

Yo también participaba de la ansiedad reinante; las apologéticas frases que oía, criticando la belleza de la artista, habían logrado exacerbar mi atención. Se oyó un fuerte bocinazo en la calle que penetró en los oídos de todos, impresionándolos vivamente, era aquélla la última convulsión... Un ¡hurra!! prolongado vibró en la pesada atmósfera, acompañando sus refundidos ecos con sonidos secundarios y débiles...

* * *

Imaginad una rígida estatua en posición anhelante, ponedle un brillo extraño en los ojos fijos, y casi compondréis idealmente las líneas de mi cuerpo cuando, al levantarse el telón, apareció en el escenario, aún medio entre las bambalinas coloreadas, la gran artista Lolita Brimé...

Por un momento, acusé a mi vista de traidora y cruel, puesto que impresionaba en la imaginación una fúlgida llamarada que, tomando forma de mujer, se ofrecía a mi interrogación como señora que era de mis amores, de mis trastruecos inefables: la desconocida del bulevar, la que logró levantar en mi dormido corazón súbitos relampagueos, la que inició un retroceso en mis ideologías fluctuantes. Calcúlese, pues, la inenarrable sensación que recorrería mi cuerpo todo ante aquel inesperado cuadro de ideales delicias; todos mis sentidos se empapaban vorazmente de los efluvios casi torturadores que llegaban a mi butaca; no me atrevía a moverme por miedo a que mi cambio de posición borrara inflexible el dichoso cuadro...; dudaba de su veracidad real y abría aún más los ojos para convencerme de que no era un sueño, una visión más o menos agradable; no, era ella, ¡ella!

Aquellos ojos negríssimos, como azabaches, eran grifos inagotables de ardientes miradas, deseos elevadísimos; yo recogía aquellas miradas, que ella arrojaba, pródiga y dadivosa, al patio de butacas, envolviéndolas en graciosos gestos que no eran más que átomos de su hechicería profunda.

El público, extasiado, parecía enervarse por el fuego de la diosa...; las bocas entreabiertas de los espectadores y el profundísimo silencio indicaban la admiración; nadie tenía fuerzas para aplaudir, la abigarrada masa hombruna no pestañeaba; yo me envolví en un piélagos de ideas y pensamientos que me mostraban a veces los bellos fines, las sublimes ilusiones...

Terminó el acto público y comenzaron los preparativos para el refrigerio noctámbulo en honor de la bella y simpática artista; el elemento estudiantil renovó alegremente sus sátiras y sus risas; en la atmósfera pesada y calurosa reinaba un ulular bullanguero que parecía infiltrar alientos extraños...

Estaba todo dispuesto; una larga mesa sobre la que descansaban, pálidas y coruscantes, las botellas y las copas, parecía recordar los festines históricos; cada uno tomó asiento; yo me refugié, demudado y tembloroso, en un extremo; procuraba medir los alcances de aquellos sucesos, encontraba gran cantidad de impresiones hondas...

Apareció la artista, rodeábala un cortejo de estudiantes que exhibían orgullosos su amistad; ella no parecía interesarse mucho por los personajillos, y esparcía entre la concurrencia juvenil las llamas de sus ojos negros...; hubo un aplauso para la gentil actitud de Lolita, se enaltecían sus cualidades y sus afectos a la clase estudiantil, se hicieron frases rimbombantes que firmaría el mejor literato frívolo..., se recitaron poesías improvisadas...; la simpática reunión transcurría suave, alegre, melodiosa; en los corazones de todos se inició el rasgo de un recuerdo perdurable...

Menudeaban los tímidos que, no acostumbrados a extralimitaciones societarias, exteriorizaban su indiferencia o quizá su incipiente rebeldía; abundaba también la otra vena: los mundanos y casi tradicionales estudiantes que practican el galanteo con delectación y gusto. Mi retraimiento y voluntaria oscuridad obedecían a la turbación inefable que me producía la presencia de aquella mujer; representaba para mí un faro lejano revestido por diafanidades llamativas y atrayentes; era que mi espíritu se allanaba a aquellas fogosísimas presiones y admitía su internación como un fin bello y necesario; sí, era también que yo ¿por qué no decirlo? había abandonado todas mis exaltadas idealidades por adaptarme al amor aquel, y estos cambios, los remordimientos quizá, la importancia de las rápidas evoluciones, la pesadez ardiente del objeto amado..., todo ponía en mi alma lobreguezes y ocultos desconciertos; pero la pasión crecía, se dilataba impetuosa por los extensos a la vez que límpidos campos de mis amores; yo no osaba detenerla, iba perdiendo hasta la sensibilidad; un encuentro de su mirada con la mía hizo el efecto convulsivo de una electrocución..., yo percibí en aquella mirada un brillo entre asustador y hechicero, mordí los labios, no con rabia, sí con debilidad; la mirada en cuestión me robó parte de mi sangre y partículas de mi alma..., me apoyé sobre el respaldo de la silla y miré distraído a lo alto..., me hirieron en la vista los potentes focos, la retiré otra vez y tropecé con la cortante y fija de la bella...

Esta fué más voraz, más insaciable que la anterior. Esclavizado por aquellos ojos, mi trastorno iba en aumento, temblé, mi cerebro protestaba ruidosamente y mi corazón ardía...

Me puse pálido, mi rostro adquirió la blancura marfileña de la claridad; ¿qué ocurría? Todos me miraban, traté de explicarme la causa de aquella expectación; las ideas se me atropellaban confusas, como empujadas brutalmente por aquella falange hostil; un rumor fué todo, hasta mí llegaron algunas palabras interrogantes, puse atención y:

—¿Qué te pasa, Castro? ¿Por qué no contestas?

Era Pablo Confortes quien pronunciaba estas palabras acompañándolas de un gesto burlón y altanero; quise balbucir unos vocablos que no pude articular, y la oportunidad del momento pasó..., tardé en comprender lo ocurrido, fuí un insensato, los más y los menos me llamaron idiota, algunos envidiosos, memo y tonto.

Un cosquilleo enervante recorría mi cuerpo sudoroso, quedé insensibilizado, confusas mis ideas, alejadas mis concepciones; vino Capilla a contarme todo.

—¿No te has dado cuenta? —me dijo— La Brimé preguntó quién eras.

—¡Oh, oh!... ¿De verdad? Dime, explícate, no tardes... ¿Qué dijo?

—Sólo fue eso; pareció interesarle tu aspecto melancólico y mostró interés; pero la intervención de ese cretino de Confortes convirtió la cuestión en un grifo de hilaridad.

No supe qué hablar, no quería creerlo, pero... ¡bah!... una curiosidad de fémica impertinente; me ahogaban las suposiciones, me ponía furioso mi cortedad o mi exotismo.

Ví cómo cesó la grillería de los brindis, distinguí en el semblante de la artista un gesto de cansancio...; yo seguía entre las oscuridades de los rincones, nadie hacía caso de nadie; el desorden más completo corría por el patio; uno de la comisión anunció el fin de la velada; todos se pusieron en pie; los estudiantes de la presidencia se afanaban en ofrecer su brazo a la artista, ésta parecía no darse cuenta..., buscaba constantemente en la reunión con sus dilatados ojos de cautivadora...

...Miré a los cabellos y a los ojos sanguinolentos de los compañeros...

* * *

Me noté cogido del brazo, una voz femenina, dulcísima cual un canto seráfico, escurrió en mis oídos:

—Vamos, hombre, no sea lelo, déme el brazo y acompáñeme al auto... Con todo, es usted encantador... ¡ah, qué gracia!

La sensación fué inenarrable, impresionó las concavidades más ocultas y preciadas del nerviosismo; me embriagué de odorantes efluvios que parecían envolventes gasas ideales; no pude apreciar lo que allí pasó entonces, todo fue inconsciente, me conducía el instinto, un arranque indefinible... Los estudiantes, alborotadores e inquietos, prorrumpían en gritos y risotadas, hijas naturales de su ánimo excitado; yo me vi en el interior del auto, pudiera decirse que sin darme cuenta de ello..., únicamente percibía un vago rumor de voces callejeras; sin embargo, el trepidar del auto y la marcada esencia del aire respirable me condujeron a un estado voluptuoso, pero desconocido, que parecía invitar a cerrar los ojos y a soñar ¡qué cosa más hermosa es soñar! Lo dije alto, acaso me creía solo en un paradisíaco lugar ultraterreno; traté de recordar, de explicarme las últimas impresiones..., no pude; me lo impidieron... ¡ah!... me lo impidieron unos labios urentes que se unieron a los míos en amorosa comisura, grávida y viril...

El auto caminaba calle adelante; los faroles del gas, con su luz tenue y mortecina, daban la sensación de aquelarres en la noche... Fue superior a mis fuerzas comprensivas, y, con esa dejadez del abúllico, hacía venir a mí los acontecimientos, sin el menor atisbo escudriñador o impaciente...

Ni sé a punto fijo lo que pasó ni seguramente podría manifestarlo..., recuerdo los amplios divanes de edredón y las fragancias vegetales que imprimían a la respiración un rictus anhelante...

Fueron sucesos trágicos..., ordenaba la Naturaleza, ocupaba el sitial del trono y ceñía corona, cetro y demás atributos reales..., sería imposible el enumerar los preceptos, eran de cualidad tal que se esfumaban, enigmáticos y ensombrecidos, por laberintos innúmeros, por senderos campestres o erizados. Yo no tengo por qué citar en estas memorias las claras y naturales emociones que casi trituraron mi cuerpo con la voracidad cruel del ensañamiento. Queden esas cosas para los *litteratos* (?) —por desgracia numerosos— más o menos anodinos, que encuentran en la sensualidad ancho campo donde desarrollar sus pornografías o sus refinamientos.

NUESTRA REVOLUCIÓN, Página web dedicada a Ramiro Ledesma Ramos
www.ramiroledesma.com/nrevolucion

Recordé un cuento de un gran novelista ruso...; yo había vivido, o estaba viviendo, ese cuento..., Pero sucedió aún más.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_016